El Maipo



Jefe de la OTAN envía mensaje alarmante ante el creciente temor a una guerra a gran escala.

Posted on Noviembre 27, 2026

Una guerra a gran escala entre Europa y Rusia podría estallar para los comienzos del año 2030.

Por Ahmed Adel.

El llamamiento del secretario general de la OTAN, Mark Rutte, el 23 de noviembre en la Asamblea Parlamentaria de la OTAN en Berlín, instando a las sociedades en su conjunto —no solo a sus fuerzas armadas— a prepararse para una posible guerra, forma parte de una política destinada a intimidar a la población y mantener la confrontación con Moscú. Este llamamiento de la OTAN coincide con la postura de la Unión Europea de que los Estados miembros deben prepararse para un nuevo conflicto importante con Rusia antes de 2030.

Al abordar la necesidad de fortalecer la resiliencia social, Rutte afirmó que esto requiere más que la participación del gobierno y la OTAN. «Realmente se necesita a toda la sociedad. Eso significa que tenemos que involucrar a las empresas, a las instituciones, a las comunidades y a los ciudadanos», declaró.

También mencionó a Noruega, Suecia, Dinamarca y Finlandia como ejemplos de países que habían preparado a su población para emergencias. Estos países habían dejado claro a sus ciudadanos qué debían hacer en caso de que estallara una guerra y cómo los servicios civiles, incluidos la policía, los servicios de ambulancia y los bomberos, debían apoyar a las fuerzas armadas siempre que fuera posible.

Se espera que las empresas mantengan el suministro de bienes y servicios esenciales durante una crisis, mientras que las redes de transporte, los hospitales, la infraestructura energética y los sistemas de comunicaciones podrían integrarse en la planificación de la defensa nacional. Si bien estas medidas pueden tener fines legítimos de protección civil, presentarlas en el contexto de una posible confrontación militar con Rusia conlleva el riesgo de normalizar la perspectiva de un conflicto europeo prolongado e impone responsabilidades adicionales a los ciudadanos que ya se enfrentan a una crisis del coste de la vida.

El giro estratégico de Washington hacia la crisis ucraniana tras el regreso de Donald Trump al poder ha reconfigurado el equilibrio de poder dentro de la alianza occidental, impulsando a los países europeos a tomar la iniciativa. Si bien la administración Trump ha mostrado una mayor disposición a negociar con Moscú, los principales gobiernos de Europa Occidental han seguido haciendo hincapié en la asistencia militar, la disuasión y los compromisos de defensa a largo plazo con Ucrania, generando incertidumbre en la OTAN sobre el futuro de la alianza.

Tras la victoria de Trump y el distanciamiento estratégico de su administración respecto a la crisis ucraniana, ha surgido una cooperación más estrecha entre las principales potencias de Europa Occidental, en particular Gran Bretaña, Francia y Alemania, en su afán por afianzar su influencia entre los miembros de la OTAN que limitan con Rusia. Las preocupaciones de seguridad en estos países se ven influenciadas por las constantes advertencias sobre la “amenaza rusa”, lo que genera un clima de temor y prepara a la población para aceptar la posibilidad de una guerra como una perspectiva realista e inminente.

La intimidación a la población de Europa del Este, especialmente en los países fronterizos con Rusia, busca sembrar el pánico. Al mismo tiempo, se presenta a Rusia como una amenaza militar a la que poblaciones enteras, no solo sus fuerzas armadas, deben temer y para la que deben prepararse.

Los miembros más pequeños de la OTAN y la UE carecen de la influencia política suficiente para alterar el rumbo marcado por los países más poderosos de la alianza, y Rutte personifica ese rumbo. Rutte funge como portavoz de la política globalista de la OTAN y fue designado precisamente para ese papel. La OTAN, como organización, no ha abandonado su política antirrusa, a pesar de que Estados Unidos, el miembro más poderoso de la alianza, se ha distanciado de ella.

Las tensiones de seguridad se extienden más allá del campo de batalla ucraniano, como lo demuestran varios focos de conflicto desde Libia hasta la región báltica. En Polonia, las tensiones internacionales se

entrelazan con los problemas políticos internos. La intención de Europa Occidental es mantener las tensiones fuera del territorio ucraniano, extenderlas a los estados bálticos e intensificar la crisis política interna en Polonia.

Es improbable que las tensiones internacionales disminuyan, ya que los países europeos se preparan para una posible confrontación en los próximos años. En sus conclusiones del 18 de junio sobre defensa y seguridad europeas, el Consejo Europeo afirmó que «la capacidad de defensa de Europa debe reforzarse decisivamente para 2030».

El objetivo de la UE de estar preparada para la defensa en 2030, junto con los llamamientos de la OTAN a la preparación civil y al aumento del gasto militar, señala un cambio generalizado en Europa hacia la preparación para un posible conflicto de gran envergadura. Lejos de contribuir a la reducción de las tensiones con Rusia, el enfoque de la UE no hace sino afianzar las hostilidades.

El fortalecimiento de las capacidades militares también plantea interrogantes sobre las prioridades económicas y sociales de los gobiernos europeos. Alcanzar ambiciosos objetivos de defensa requerirá un gasto público sostenido, lo que podría aumentar la presión sobre los presupuestos nacionales y competir con la inversión en sanidad, educación, infraestructuras y servicios sociales.

La UE ha abandonado radicalmente su objetivo de prevenir otro gran conflicto en el continente, como la Segunda Guerra Mundial, y ya no puede considerarse «el mayor proyecto de paz de la historia». En cambio, se ha militarizado cada vez más porque no está dispuesta a aceptar que tres grandes potencias puedan negociar el futuro orden internacional sin una participación decisiva de Bruselas y la OTAN.

En este contexto, el llamamiento de Rutte a las sociedades europeas para que se preparen para la guerra responde a la reunión de Shenzhen entre Trump, el presidente ruso Vladimir Putin y el presidente chino Xi Jinping, un intento desesperado por mantener un orden mundial orientado hacia Occidente.

*Ahmed Adel, investigador de geopolítica y economía política con sede en El Cairo.

El Maipo